



Martín Bonfil Olivera

Conocer, entender, amar... y actuar

ONU premia proyecto de la UNAM

La Organización de las Naciones Unidas otorgó el Premio Hábitat 2012 al proyecto Hipoteca Verde, que dirige David Morillón Gálvez, coordinador de Mecánica y Energía del Instituto de Ingeniería de la UNAM.

En 2008 un grupo de becarios de doctorado, maestría y licenciatura del instituto participó en el proyecto conocido como *Bases técnicas para una hipoteca verde en México*. Se trataba de diseñar viviendas que ahorren gas, agua y electricidad y aprovechen energías renovables. El Instituto de Ecología se interesó en los resultados del proyecto y puso en contacto al equipo de Morillón con el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (Infonavit).

Los colaboradores emprendieron un programa piloto con 800 casas. Las viviendas del proyecto Hipoteca Verde obtienen considerables ahorros: 60% en consumo de agua, 50% en gas y 40% en electricidad. Además, gracias a estas reducciones dejan de emitirse en promedio 1.2 toneladas de CO₂ por vivienda al año, según explicó Morillón.

Las casas cuentan con regaderas y llaves ahorradoras, y los excusados usan un sistema de tres litros por descarga de líquidos y seis litros por descarga de sólidos. Se utilizan lámparas fluorescentes compactas en vez de focos, aparatos de aire acondicionado de alta eficiencia y calentadores de agua solares. Además, en las zonas cálidas del norte del país y en las costas húmedas, los techos van aislados para reducir la temperatura.

“La importancia del Premio Hábitat 2012 concedido a México radica en que Hipoteca Verde se enfoca a inmuebles de precio reducido. En Japón o Canadá, como en otras naciones, hay proyectos parecidos, pero no para construcciones económicas”, señaló Morillón Gálvez.

Argentina, Colombia, El Salvador y Uruguay han solicitado asesoría del Instituto de Ingeniería y el Banco Interamericano de Desarrollo elabora un proyecto urbano sustentable en La Paz, Baja California, en el que participa el grupo premiado. La Comisión Federal de Electricidad ha pedido cursos y una serie de proyectos para oficinas, escuelas y hoteles, con el objetivo de aplicar tecnologías para la sustentabilidad y mejoras de instalaciones en dependencias gubernamentales.



Foto: DGCS/UNAM

La ciencia es importante; nadie lo duda. En lo que no todo mundo está de acuerdo es en *por qué* es importante.

Hay quien piensa que importa porque nos ofrece una manera de ver el Universo que no sólo despierta nuestro asombro, sino que también nos permite entenderlo. Esta fascinación, similar a la experiencia estética que produce el arte, pero que en el caso de la ciencia requiere pasar primero por la comprensión, es una de las características que hacen de ella algo tan único.

Otras personas consideran que la importancia de la ciencia radica en que gran parte de todo lo que conocemos como “progreso” ha sido resultado de la aplicación del conocimiento sobre la naturaleza que ésta nos ha proporcionado.

Para otros más, la ciencia es importante por su tremendo potencial para influir en la vida de las personas y las naciones. Es una fuerza social tan poderosa que no es exagerado decir que el destino de los países está estrechamente ligado al desarrollo científico. Decidir en qué dirección queremos usar el conocimiento producido por la ciencia es literalmente una cuestión de supervivencia.

Y sin embargo, la ciencia no está directamente al alcance de los ciudadanos: el lenguaje ultra especializado en que se expresa hace que sólo los expertos puedan comprenderla a cabalidad.

Por eso existen especialistas en hacer la ciencia accesible para el público no científico. Los divulgadores científicos — como los que hacen posible esta revista — buscan que quienes no están en contacto directo con la labor científica tengan la oportunidad de apreciarla.

La divulgación científica puede realizarse en varios niveles: el ideal sería “democratizar” la ciencia y la responsabilidad sobre su uso: lograr que cualquier persona pueda participar de manera informada y consciente en las decisiones sobre ciencia que se toman en su comunidad.

Pero antes de lograr la participación ciudadana — la *acción* — es necesario proporcionar al público no científico la oportunidad de acercarse a una parte de nuestra cultura con la que muchas veces está poco familiarizado. Hay prejuicios que ven a la ciencia como algo extraño, aburrido o dañino. Permitir que las personas la conozcan mejor es el primer paso para construir una cultura científica en los ciudadanos.

A partir la apreciación de la ciencia, puede avanzarse hacia su comprensión pública, objetivo en el que la mayor parte de los divulgadores científicos concentran sus esfuerzos. Y es precisamente con esta apreciación y comprensión que puede surgir, por un lado, el amor por la ciencia, y por otro, la acción para garantizar que su uso sea siempre el más adecuado.

comentarios: mbonfil@unam.mx